

# Lumes, huellas de la cultura campesina gallega

“Hogar: sitio donde se hace la lumbre en las cocinas, chimeneas, hornos de fundición, etc.”. Es la primera acepción de **hogar** en el diccionario de la RAE, y también la menos usada: ya casi nadie relaciona lumbre con el lugar que se habita. Quizá por eso, cuando el fotodocumentalista Adra Pallón preguntó a un viejo aldeano de El Courel “cuántos eran y cuántos habían sido en su aldea” —era su pregunta recurrente—, la respuesta le llegó como una revelación: “*Aquí chegamos a ser dezaoitto lumes (18 lumbres) e agora solo son eu*”.

Lume, en gallego, es fuego y, por extensión, incendio forestal. Pero, ancestralmente, también era sinónimo de casa habitada. Explorar la polisemia, el poder evocador y la hondura del concepto, jugó a favor de un proyecto en el que, gracias a una [Beca Joana Biarnés](#), Adra ya venía trabajando desde 2018, fotografiando aquellas aldeas en las que, desde la carretera, divisara al menos una columna de humo saliendo de una chimenea: era una casa con *xente*, una *lume*.

Las imágenes de su proyecto evocan tantas vivencias que no necesitan pies de foto para explicarse. Pero sí es interesante apuntar otro concepto polisémico, fundamental para entenderlo bien: el *desarraigo*. Volvamos a la RAE: “Arrancar de raíz una planta”, “Extirpar hábitos o costumbres”, “Expulsar a alguien del lugar donde se ha criado”. Son tres acepciones de **desarraigar** y las tres se dieron en las aldeas gallegas. Adra explica cómo el cambio de estructura territorial cambió, a su vez, el original paisaje en mosaico de huertas, pastos, robles y castaños —que era “*el pan*” de esas aldeas— por el monocultivo de pinos y eucaliptos, con fatales consecuencias en cadena: se desarraigaron árboles y cultivos, y con la precariedad que ello indujo, desarraigaron también gran parte de la población aldeana y su cultura milenaria. De su mano vino, además, una desgracia añadida: los incendios forestales. Pues la nueva masa forestal es mucho más densa, extensa e inflamable, y cuando arde, arde rápido y afecta a miles a hectáreas: “El fuego cambió de ubicación”, explica Adra. Pasó “de las casas al monte”, de estar asociado al hogar a estar asociado a la destrucción.

Este recorrido —“el viaje más importante que hice en mi vida”— desembocó este año en el [libro del proyecto](#): un trabajo que el propio Adra explica en el estupendo [video que le hizo Sonda Internacional](#) y que es a la vez “un grito y un homenaje” a los hombres y mujeres que, a pesar de que la vida les remó en contra, mantienen vivas esas *lumes* en sus aldeas. Quizá sea la última generación que lo haga. ■





